

El aguinaldo del soldado

(Foto Alfonso.)

La Junta de damas organizadora de la recaudación y demás personalidades invitadas durante la reunión celebrada ayer tarde en el salón de recepciones del ministerio de la Guerra. En los círculos, S. M. la Reina doña Victoria, presidenta honoraria de la Junta, y la presidenta efectiva, señora vizcondesa de Eza.

CRÓNICA DE LONDRES

La Exposición Española

Confieso que uno de los motivos—el principal acaso—que me impulsó a atravesar el Canal fué el de admirar la riqueza artística, sabiamente agrupada en los espléndidos salones de la Royal Academy, de Londres; conocidos eran del que esto escribe la mayoría de los cuadros antiguos allí expuestos por haberlos contemplado a su sabor en los aristocráticos palacios de la corte muchos de ellos, así como en muchos certámenes artísticos o en los estudios de sus propios autores los que pertenecen a la pintura contemporánea.

Era, pues, misión relativamente fácil, aun para pluma tan incompetente como la mía, transmitir a los lectores de EL IMPARCIAL una impresión de visu, que fuera como un eco de la que en el público londinense ha producido esta revelación de nuestro arte, pues si bien es cierto que en los museos británicos tiene magnífica representación nuestra pintura—Velázquez, sobre todo—, poco o nada se conocía de la de época más reciente, ignorándose casi por completo a nuestros pintores y escultores actuales.

La escultura que casi aparece en esta Exposición como elemento decorativo de

sus grandes salas, hasta el punto de que en los catálogos y en los anuncios solamente se lee *Exhibition of spanish paintings*, tiene, sin embargo, gran importancia, ya que no por su cantidad, por el mérito real de la mayoría de las obras expuestas.

El número diario de entradas vendidas desde la fecha de la apertura, y en las que todavía no se nota el menor descenso, es de 1.950 a 2.000.

La Exposición puede considerarse dividida en dos partes: la primera comprende la pintura española, desde nuestros «primitivos» hasta Goya inclusive; la segunda, desde la muerte de Goya hasta el presente. Así va ordenado el catálogo, que contiene interesantes notas descriptivas. Las obras expuestas son 433.

No es muy nutrida la sección de los «primitivos», aunque hay algunas muestras muy notables de tablas de los siglos XIV, XV y principios del XVI; los llamados «Trecentistas» están representados por «La Virgen con la familia de Enrique II», del maestro Toled, y el retablo de los «Santos Juanes», atribuido a Barrasá. También figuran en esta sección «La Anunciación», con el retrato del primer conde de Alba; una admirable «Santa Catalina», de Hernando Yáñez, y dos hermosas tablas del «Divino Morales».

Precediendo al gran Velázquez admiráranse cinco retratos de Sánchez Coello:

unos, pertenecientes a S. M. el Rey de Inglaterra; dos, que representan un duque y una duquesa del Infantado y forman parte de la colección del marqués de Valverde; otro, de la Infanta Catalina Micaela, que hemos admirado en uno de los salones del palacio de los duques de Montellano, de Madrid, y el del Príncipe don Carlos de Austria, propiedad del conde de Villagonzalo; tres de Pantoja, pertenecientes a los Reyes de España y de Inglaterra, y uno de Bartolomé González, que representa al cardenal Infante D. Fernando de Austria, y que hemos admirado de largo tiempo en el histórico palacio de los marqueses de Viana.

Del Greco han enviado cuadros: Su Majestad el Rey, la duquesa de Parcent, el director de nuestro Museo Nacional, don Aureliano de Beruete; el marqués de Casa-Torres, el marqués de la Torrejilla, el de Vega-Inclán y el de Urquijo, cuya magnífica «Anunciación», para el que el opulento prócer está construyendo actualmente un nuevo salón en su hotel de la Castellana, despierta gran interés en este público; de Tristán, discípulo aventajado de Dominico Theotocopuli, ha enviado un lienzo muy notable el marqués de Casa-Torres, de Ribalta, el museo de Valencia, el Sr. Lázaro Galdiano, cuya colección de Madrid es bien conocida, y D. Laureano de Jado, de Bilbao.

Ribera, el Españolito, Zurbarán y Pacheco están muy bien representados por

lienzos de Beruete, marqueses de Cerralbo, Vega-Inclán y Valle de la Reina y museo de Sevilla.

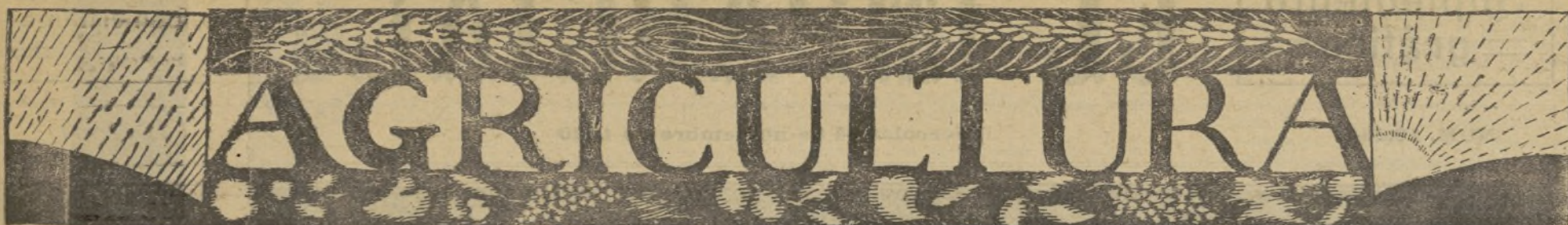
Velázquez—muy conocido, como queda dicho, de los ingleses por las obras que del genial artista se guardan en la Galería nacional—no tiene numerosas obras; pero se admira el soberbio retrato del Infante Baltasar Carlos, perteneciente a la galería del palacio de Buckingham; la mano, fragmento, sin duda, de un cuadro, enviada por el Rey D. Alfonso; el autorretrato del museo de Valencia, y otros pertenecientes al duque de Wellington y otro prócer inglés.

No es ciertamente mucho para tan glorioso artista español; mas no ha sido posible a los inteligentes organizadores de la misma—a cuyo frente figura el duque de Alba—vencer las enormes dificultades de todo género opuestas a la realización de este deseo. Pero Velázquez—repito—es bien conocido en Inglaterra, como lo es el divino Murillo, de quien figuran sólo siete obras.

En próxima crónica continuaré este sucinto trabajo, consagrandole la atención que merece a la pintura contemporánea, así como a las obras escultóricas, que, como queda dicho, han causado honda impresión en el culto público londinense.

MONTE-CRISTO

Londres, noviembre 1920.



Nuestros vinos en Francia

El más importante de los problemas planteados actualmente a la agricultura española proviene de las restricciones puestas en Francia a la importación de nuestros vinos. Al recargar en el 150 por 100 unos derechos arancelarios que ya eran enormes, se les impide en absoluto el acceso al mercado francés, irrogándole cuantioso perjuicio a una de las más pingües fuentes de la riqueza agrícola patria.

Quien lo dude, vea lo que nos dice de un importantísimo mercado la Estación Enológica de España en Cete:

«El comercio español de vinos, después del golpe recibido con el aumento de derechos, no practica negocios, resultando nominales los precios.»

Análoga es la situación en los otros puertos, y lo que ello significa dícelo un solo dato: en los ocho primeros meses del año en curso habían entrado en Francia 2.623.352 hectolitros de nuestros caldos vinícolas, contra 1.129.691 en el mismo período del año precedente. Es, pues, considerable la pérdida que se le impone a nuestra agricultura, y bien merece que se la consagre atención sostenida.

Desde luego ha de decirse que la situación no es tan mala como parece. Nos explicáremos.

Pudo pensarse que el extremoso recargo impuesto a los vinos españoles (se exceptuó poco antes a los italianos por un Convenio especial) respondía sólo a conveniencias proteccionistas. Hoy ya existe la prueba de que el nuevo régimen responde por modo principal, si no exclusivo, a preocupaciones políticas sin enlace posible con la realidad; es decir, que no se gravan nuestros vinos para proteger los de Argelia. Ello, por la sencilla razón de que la cosecha de la colonia es un puro desastre.

No argumentamos de memoria. *L'Eclair*, de París, en su número del día 19, publica una interesantísima correspondencia de Argel, y allí, aludiéndose a la terrible crisis de hambre que padece todo aquel dominio, se aporta el siguiente dato:

«El viñedo ha traído también desastres. Poco antes de la vendimia, una semana de terrible siroco, que llegó hasta el litoral, ha bastado para abrasar la tercera parte, cuando menos, de los racimos.»

No hay, pues, superabundancia de cosecha que permita competir y demande proteccionismo; lo que existe es déficit. Así se explica la no muy grande cantidad de los caldos que a la sazón se importan de Argelia.

«No sólo esta catástrofe, «cuyas repercusiones se adivinan»—escribe el corresponsal—, sino las circunstancias especiales por que atraviesa la colonia, acreditan que no hay tampoco posibilidad de competencia, por ahora, para aquellos otros de nuestros productos agrícolas que van al mercado francés. Téngase presente que en Argelia «es de temer la insurrección de las tripas vacías». El año agrícola ha sido uno de los más desastrosos que registra la Historia; doce meses de sequía han hecho inútil la sementera, a tal punto que en 1920 el conjunto de las cosechas significa apenas la cuarta parte de su rendimiento ordinario, que casi no llega para el consumo local. Es un cataclismo que desafía todos los

cálculos», y que incluso llega a la zona de la ganadería.»

Esta dolorosa crisis—que no mencionamos sino a título documental—se complica aun con otros factores, que actúan contra la agricultura argelina y amenazan reducirla a su menor expresión. Oigase al mismo corresponsal, que confirma otras informaciones de diversos periódicos parisienses:

«Bastantes de los individuos de nuestras razas musulmanas han perdido la costumbre del trabajo. Los grandes salarios, las pensiones, las prebendas diversas, han desarrollado los apetitos y desenvuelto las necesidades.»

Todo ello contribuye a fomentar el bandolerismo, y a que los trabajadores abandonen los campos, donde no existe seguridad para ellos.

En suma: que la situación se empeora y que el porvenir agrario argelino se presenta muy sombrío, aunque se proceda ahora al desarme de la población indígena.

Ello nos dice ser en extremo débil la posición que pudiera servir de base a la guerra arancelaria contra los vinos españoles; como que no tiene soporte real ninguno. Sobre que el siroco destruyó más de la tercera parte de la cosecha de uva, el banditaje, impidiendo las comunicaciones con el interior, despoblado las campiñas, difundiendo el terror entre los colonos, impide el abastecimiento vinícola de Francia, y aun hace temer por la seguridad de la colonia.

Fijándonos en tan lamentable orden de cosas, que también afirma a los otros productos agrícolas españoles en el país vecino, parecemos la situación nuestra muy propicia para la defensa. Está a la vista que el pesadísimo gravamen a los caldos españoles se ha impuesto para suprimirlo, a cambio de otras concesiones, y no porque le convenga a los caldos argelinos. Las concesiones son conocidas, y aunque parece inaceptable admitir, para saldo de nuestro préstamo a Francia, los bonos que le dió Alemania en pago de su indemnización, bien puede negociarse con éxito sobre otros puntos del intercambio. El consumo y la industria franceses necesitan de no pocas materias primas de España.

Como conviene mucho se conozca la verdadera situación del mercado francés, puesto que se está al habla sobre el asunto de los vinos, no huelga aducir los precedentes pormenores. Desde el primer día afirmamos que esta vez poseíamos «piezas de cambio»; los hechos vienen a consolidar nuestra tesis de modo poderosísimo. Conste, pues, que Argelia no puede proveer de vino a Francia, y que el gravamen arancelario no responde al deseo de proteger una producción que hoy no existe, y que para lo futuro aparece rodeada de espesísima niebla. ¡Ojalá que este convencimiento ampare la buena armonía de las dos hermanas latinas, que sólo provechos logran de ella!

La exportación de uva

Según estadística del puerto de Almería, en lo que va de campaña frutera, hasta el día 17 próximo pasado, se han exportado 1.359.950 barriles de dos arrobas y 7.717 de una.

Como el valor de la peseta baja, en relación con la libra y el dólar, los exportadores están de enhorabuena, y así lo expresan algunos periódicos locales.

Comentarios a una ponencia

La gravedad del problema agrario, cada día más agudizada por las trágicas derivaciones de la lucha social, ha motivado que los partidos políticos, no todos con la necesaria suficiencia ni con el deliberado propósito de buscarle solución, se ocupen de cuestión tan transcendente, aunque sólo sea para enunciarla en los programas globales. Como era lógico, el Congreso de la democracia republicana estaba obligado a afrontar el problema y decir a la opinión cuáles podrían ser sus soluciones jurídicas si las fuerzas republicanas asumieran algún día la responsabilidad del Poder. El caudal de buenas intenciones aportado a la discusión—unas, fruto de un empirismo subjetivo; otras, floración exuberante de exaltadas ideologías redentoristas—bien merece un aplauso, aunque no se comparan las opiniones sustentadas. Todo lo que signifique exégesis y observaciones sugeridas por una realidad, harlo dolorosa, debe ser compulsado con atención por cuantos se preocupan del problema agrario. Y por lo mismo que este problema ha adquirido una transcendental magnitud, recogidas quedan en estas columnas las conclusiones aprobadas por ese Congreso en su sección de Política agraria para que se estudien y analicen con honrada imparcialidad.

Por lo que a nosotros atañe, nos proponemos hacer algunas objeciones. En el problema agrario caben dos maneras de buscarle solución. Una, ateniéndose a la realidad española, a la constitución de los derechos creados, a la raigambre del sentido conservador de la propiedad para huir de cuanto suponga subversión anárquica o comunismo rojo; esto es: para buscar la solución en un evolucionismo justiciero, que no implique revisión despojadora ni haga precisas las medidas de violencia. La otra manera de enjuiciar la cuestión es colocarse fuera de la órbita de las realidades jurídicas, incurriendo en la exaltación de las fórmulas utópicas. Y a nosotros, demócratas recalcitrantes, nos parece que la ponencia aprobada por el Congreso de la democracia republicana cae de lleno en la utopía.

Razonemos. A nadie que haya estudiado, aunque sólo sea superficialmente, el problema, se le puede ocultar que el pretender su solución de un modo esquemático, con carácter general, es muy difícil, por no decir imposible. Tanto como del latifundio—o magnifundio—hay que preocuparse del minifundio; de las tierras miserables que jamás podrán ser remuneradoras si el Estado no las aplica un cientifismo y una protección eficaces, como de las tierras ubérrimas que, por sobrado productivas, acucian el agiotismo y fomentan la plusvalía, tan ruinosa para el pequeño colono, que es el verdadero agricultor; preocuparse de las tierras que, debiendo producir, no se cultivan por incapacidad moral o económica del propietario, como del cultivo adecuado a cada zona y a cada calidad de terreno; de las condiciones del trabajo para humanizarlas todo lo posible; de la dignificación del esfuerzo económico e intelectual del propietario labrador; de la garantía de los derechos legítimos y de la producción precisa para las necesidades nacionales, y, sobre todo, de revestir al intervencionismo del Poder público, en virtud de una acción justiciera, de la máxima autoridad, para llegar, si fuere menester, al arbitraje obligatorio y a la dictadura distributiva. Y como el problema ofrece en cada región, y a veces en cada localidad, modalidades distintas y complejidades antitéticas, la verdadera solución, aparte las normas preceptivas de orden constitucional, que pueden ser obra de las Cortes, habrá que buscarla en los Municipios.

A juicio nuestro, la expropiación propugnada por el Congreso de la democracia, sobre suponer una revolución jurídica, para la que no estamos preparados, es económicamente irrealizable, porque el régimen de indemnización se haría en beneficio de la Banca, con desprestigio para el valor internacional de

nuestra moneda, o llevaría a la Hacienda pública a situación comprometidísima. Hay una solución más racional y menos lesiva para todos. Valorar las tierras no cultivadas o de cultivo inadecuado, autorizar a los Municipios para su incautación y abonar a sus propietarios un interés igual al que produce el papel de la Deuda interior, cediendo esas tierras a los Sindicatos agrícolas locales o, en su defecto, a los colonos que quisieran labrarlas conforme a las bases prefijadas por la Jefatura agronómica provincial. De este modo, el Erario no tendría que hacer desembolsos, para los que carece de capacidad económica, y el propietario tendría siempre el derecho de cultivar sus tierras cuando sus medios se lo permitiesen.

Para los terrenos de mala y mediana calidad, que alcanzan la respetable cifra de 40 millones de hectáreas, el Estado podría dedicar brigadas militares, remuneradas, bien para atender al cultivo de los cereales necesarios al abastecimiento militar, bien para ensayo de nuevos cultivos. Sin olvidar, claro es, la imperiosa urgencia de la transformación hidráulica y la no menos imperiosa de los ferrocarriles secundarios, tan útiles a la expansión y prosperidad de la agricultura española, obras en las que tan eficaz aplicación podría tener la ingeniería militar en colaboración con la civil. Porque, con dar posesión de la tierra al que la cultiva, no se remediará la miseria del colono si el cultivo de esa tierra, por falta de preparación científica, no es remunerador; y habrá casos, como en la colonia creada en Castillo de Locubín, en que, ni con el apoyo pecuniario del Estado, querrá nadie aceptar el usufructo. Por consiguiente, lo que hay que hacer al revisar el vigente derecho de propiedad es amparar al pequeño colono, librándole del minifundio y del subarriendo por la acción cooperativista, y dignificar la tutela protectora del Estado con una amplia e intensa capacitación agrícola para que a todos puedan llegar los beneficios y ventajas de los nuevos cultivos, de los alumbraamientos artesanos, de los embalses, de los abonos, y que la agricultura nacional deje de ser rutinaria para buscar anchos horizontes productivos en una industrialización que garantice a la masa obrera trabajo durante todo el año. Por lo demás, ¿cómo oponerse a la creación del patrimonio familiar intangible, a la acción benéfica de los Bancos agrarios y de la sindicación, a la participación del obrero en los beneficios—única fórmula de evitar el sabotaje del tiempo—y a cuantas mejoras elaboren en el proletariado un estado de conciencia más cordial y menos propicio a las represalias violentas?

En cuanto a los recursos económicos para la magna obra científica que incumbe al Estado, basta con señalar que pasa de 8.000 millones de pesetas el capital inactivo depositado en entidades bancarias y Cajas de ahorro, y que no sería difícil, con una equitativa prudencialidad, conseguir 1.000 ó 2.000 millones en un empréstito forzoso dedicado a la reconstitución de España. Pero este es terreno acotado para nosotros, y deben ser los economistas los que nos orienten.

Eduardo ANDICOBERRY

*

Después de escrito y compuesto el precedente artículo, llega a nosotros el despacho siguiente de la Agencia Radio:

«Lisboa 23.—Se ha publicado un decreto convirtiendo los terrenos baldíos en tierras de pan labrar, a las que tendrán derecho los jefes de familia y todos los militares que hayan tomado parte durante la gran guerra a las expediciones a Francia y a África.»

Por cada fotografía que se nos remita y publiquemos, abonará la Administración de este periódico 5 pesetas

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Elaboración del tabaco

El cultivo del tabaco es fácil. Disponiendo de buena tierra, abundantes fertilizantes, agua y clima adecuado, seguramente se obtienen plantas exuberantes, de buena calidad, si la variedad es buena; es decir, que el agricultor, como tal, tan sólo con especializar algo en este cultivo puede llegar a hacerlo con la perfección suficiente para proporcionar a la industria una buena primera materia.

La segunda parte ya es más delicada. La elaboración del tabaco requiere conocimientos y una práctica especial. El tabaco, antes de estar en condiciones de ser fumado, necesita sufrir una fermentación, y ésta es difícil de reglar, porque intervienen muchos factores: la humedad, la temperatura, la luz y la presión a que se le somete. Fijar el momento en que la fermentación debe ser suspendida, solamente la práctica adquirida por la experiencia y después de muchos tanteos puede determinarlo, y como la calidad del tabaco depende de que estas operaciones se lleven o no con verdadero conocimiento del asunto, es de gran interés que las personas que hayan de dedicarse a estos trabajos los hagan con mucho esmero, procediendo por tanteo y en pequeña escala, si es que no disponen de personal ya conocedor de la materia, y aun este mismo personal tendrá que proceder con cautela, pues como el clima influye de una manera decisiva, si las condiciones de éste varían con relación al que tuvo su escuela, puede tener un fracaso, al menos en los primeros años.

Las hojas recogidas en sazón se llevan al secadero, que es un local situado en sitio en que no le falte ventilación, seco, y en el que la temperatura oscile entre 15 y 25 grados. La humedad perjudica mucho a la hoja del tabaco; por esta razón, en los países húmedos se utilizan estufas para desecar el aire. Las hojas deben de estar colgadas en el techo del secadero, y en esta disposición se dejan el tiempo suficiente para que desaparezca la humedad casi por completo, pero no totalmente, porque es necesaria una cierta cantidad de agua para que puedan después entrar en fermentación. El secadero es preciso vigilarle constantemente, para que las hojas no se estorben: unas a otras para el desecado. Un peligro que corre la hoja en el secadero es que, por cualquier circunstancia, algunas no tengan ventilación suficiente y se enmohezcan o se pudran. Estas hojas deben separarse, para evitar que se propague el enmohecimiento a las demás. El momento preciso de sacar las hojas del secadero es cuando se desprenden con facilidad de los trozos de tallo donde se hallan insertas o de las rodajas del mismo tallo que se han dejado para colgarlas.

Una vez que han llegado al grado de desecación conveniente y que, en definitiva, la práctica ha de determinar, se extienden con cuidado, separándose del pedicelo, unas sobre otras, haciendo paquetes de cien hojas, aproximadamente, los cuales se colocan en una caja, también unos sobre otros, y se les somete, poniendo tablas encima, a una presión moderada, producida por el peso de piedras y con la humedad que aun debe de conservar la hoja, entra en fermentación. La mejor temperatura es de 40 a 45 grados centígrados: dato que se puede apreciar introduciendo un termómetro en un agujero practicado en la caja. Este dato podrá servirnos para aumentar o disminuir la presión, teniendo en cuenta que la temperatura aumenta a medida que están más comprimidas. La fermentación se inicia a las pocas horas de estar en la caja; pero si no se iniciase, deben de humedecerse las hojas ligeramente con infusiones de jugo de tabaco. Esta fermentación debe durar de diez a quince días, pasados los cuales el tabaco adquiere el color y gusto y aroma que debe tener para darle al consumo. Se deshacen los paquetes y se extienden las hojas en el almacén para que se sequen, y ya está el tabaco en condiciones de ser fumado; pero éste es el tabaco común. El tabaco selecto se somete a fermentaciones secundarias lentas, para lo cual se introduce de nuevo en las cajas, rociándole con infusiones de tabaco selecto, que le comunica aroma especial. Estos tabacos se guardan uno o dos años,

y con el envejecimiento—lo propio que ocurre a los vinos—adquieren condiciones especiales, que les hacen acreedores a precios elevadísimos.

Volvemos a repetir que todas estas operaciones, para conducirlas bien, exigen una práctica muy grande, como lo exige la elaboración de buenos vinos, con la diferencia de que en la fabricación de vinos la ciencia enológica ha hecho tan delicados trabajos, que con su estudio puede cualquier persona iniciada en estas materias capacitarse para llegar a ser un gran elaborador de vinos; pero en la elaboración del tabaco intervienen una serie de factores que no están bien estudiados, ni mucho menos, y que, por lo tanto, es necesario proceder de una manera empírica.

La desecación de la hoja exige de cuatro a seis semanas, según el clima, y las demás operaciones, otras dos o tres; por lo tanto, desde que se recolecta el tabaco hasta hallarse en condiciones de ser fumadas las clases ordinarias, se necesitan como minimum dos meses.

La combustibilidad del tabaco es una cualidad importantísima. En esta materia, los agrónomos y los químicos han

hecho trabajos muy minuciosos y han venido en conocimiento de que tiene una influencia decisiva la composición de las cenizas. En todos aquellos tabacos en que son abundantes las sales de potasa, bajo la forma de sulfato, son muy combustibles, según Schlesing. El químico Picart ha demostrado con sus experiencias que la combustibilidad depende de los nitratos alcalinos y alcalinotérreos que contiene el suelo, y ambos agrónomos opinan que el sulfato amónico da origen a tabacos poco combustibles, así como también han demostrado (que el abono orgánico en grandes cantidades comunica al tabaco sabor desagradable y disminuye su combustibilidad. En su consecuencia, los abonos que deben aplicarse han de ser siempre a base de sales potásicas, bajo la forma de sulfato, carbonato o nitrato; nunca de cloruro. Los abonos nitrogenados deben de ser nitratos, alcalinos o alcalinotérreos, nunca sales amónicas; y en cuanto a los fosfatos, pueden ser fosfatos solubles de los corrientes del comercio. El estiércol no debe de emplearse en mayor proporción de diez a quince toneladas por hectárea.

ZAYAS

FAENAS DEL CAMPO



El lavado de la yuca

Asamblea de olivareros

Según nos comunican de Córdoba, para tratar de asunto de tan vital importancia como lo es la exportación del aceite de oliva y el régimen de su consumo en el mercado nacional, se celebrará en Madrid mañana una asamblea, al objeto de acordar y presentar al Gobierno una fórmula que resuelva definitivamente esta cuestión, armonizando los legítimos intereses de los agricultores, olivareros y exportadores con las necesidades del consumo nacional.

El pantano de Taibilla

En Librilla y Totana se han celebrado importantes asambleas agrarias para poner de relieve ante los Poderes públicos la enorme transcendencia que tiene para los intereses agrícolas de toda aquella comarca la construcción del proyectado pantano de Taibilla.

Hablaron los Sres. Cayhuella Meca, Ce-rón Martínez, Muñoz Palao, López Ce-rón y el elocuente ex diputado agrario Sr. Díez y Guirao de Revenga.

UNA PONENCIA

El problema de la tierra

He aquí la ponencia aprobada por mayoría en la sesión plenaria celebrada el jueves 18 de noviembre en el teatro de La Latina:

«Primero. El suelo de España, excluidas las mejoras aportadas por el hombre, se declarará propiedad inalienable de la nación.

Segundo. El Estado, con toda urgencia, inmediatamente, entregará la posesión de sus bienes agrícolas, sean del orden que fueren, a los cultivadores que los hayan de trabajar por sí. Por cultivador se entiende al que trabaja manualmente la tierra y al que dirige personal y técnicamente su cultivo.

Tercero. Con el mismo carácter de urgencia el Estado declarará libre la tierra de todo gravamen (censo, foro, subforo, laudemio, ravaso mortu, treudos, etc.) y demás cargas históricas que pesen sobre la tierra, entregando los títulos de posesión a los actuales cultivadores, con liberación absoluta de todo género de cargas particulares y generales.

Cuarto. Las tierras incultas que dentro de un término perentorio no pongan en cultivo sus dueños serán expropiadas y entregadas por el Estado a nuevos cultivadores, con un título de posesión en la forma anteriormente establecida.

Quinto. Para estímulo de cuantos trabajan la tierra, la posesión de los predios será transmisible al heredero directo, en el supuesto de que sea apto para continuar el cultivo y esté dispuesto a continuarlo; y en el caso de no haber heredero directo apto, podrá transmitir la posesión a individuos de la misma agrupación familiar del cultivador, siempre que hayan de cultivarlo directamente y no posean ningún otro fundo. En todos los demás casos la tierra reverterá al Estado, con la única indemnización a la familia del poseedor que la correspondiente a las mejoras por aquél introducidas en el fundo.

Sexto. La constitución de fondos, para entregar la posesión a los cultivadores, se ajustará a esta norma: Han de ser suficiente para atender con su producto al sostenimiento del agricultor y su familia y para cubrir las necesidades del impuesto.

Séptimo. Se promulgará una ley de expropiación e intercambio de parcelas colindantes, con carácter obligatorio, para constituir, con arreglo a la base sexta, los fundos que ya estén en poder de cultivadores. Una ley del Hogar (homestead) protegerá convenientemente al labrador contra la usura, declarando inembargables los instrumentos de trabajo y los elementos precisos para la subsistencia y producción.

Octavo. Así distribuida y garantizada la posesión de la tierra, incumbe al Estado, mediante la enseñanza agrícola, la intervención técnica y las fundaciones encaminadas a la selección de semillas y su cruzamiento; hacer que se llegue a la especialización de los cultivos y a utilizar la cooperación en la producción y venta de los frutos de la tierra y en la adquisición de los elementos necesarios para el cultivo, estableciendo sanciones para los casos de abandono.

Noveno. Los propietarios que sean desposeídos de sus tierras o derechos reales percibirán justa indemnización.

Décimo. En el caso de extinción de una posesión por falta de heredero directo capaz de continuar el cultivo, la familia del último poseedor no tendrá más derecho, al revertir la tierra al Estado, que a percibir la equivalencia en títulos o en dinero de las mejoras introducidas en el fundo por el poseedor fallecido.

Undécimo. Los cultivadores que entren en posesión de tierras que antes no se cultivaban obtendrán préstamos al 3 por 100 para los gastos de establecimiento. Estos poseedores, cuando lo sean de tierras del Estado, la Provincia o el Municipio, no sujetos a cargas amortizables, satisfarán ya un solo impuesto: el de la tierra, racionalmente superior al de los poseedores con gravamen de amortización, primer jalón para el impuesto único, que llegará a ser general en todo el agro cultivado en el término de veinte años.

Duodécimo. Como órgano financiero de la reforma, creará el Estado un Banco Nacional Agrario, con un capital de 1.000 millones de pesetas.»

¡AGRICULTORES!

Abonad con Nitrato de sosa de Chile. Es un abono excelente para toda clase de cultivos. Se vende en todas las Casas importantes que se dedican al comercio de abonos.

Informes y folletos gratis para su aplicación dirigiéndose al Comité del Nitrato de Sosa de Chile.

Almirante, 19. -- Madrid